

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

cuyos primeros números publicados:

**La que se hizo amar**

de **Marcelo Prillett** y

**NADA SE BORRA**

de **Max Dervieux** obtuvieron un éxito enorme.

El tercer volumen, que aparece hoy, se titula

**LA ESPOSA Y LA AMIGA**

novela original e inédita del pulcro escritor español **José Baeza Valero**, cuyo asunto, altamente sugestivo y sentimental, será unánimemente considerado como una joya.

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de **UNA PESETA**

J. HORTA, impresor-Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 316

25 CTS.



**LA SIRENA  
DEL CANTÁBRICO**

**POR**  
**GELIA ESCUDERO**  
Biblioteca  
de Catalunya



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI                      BARCELONA                      N.º 316

---

## La Sirena del Cantábrico


Intrigante asunto interpretado por  
Celia Escudero, José Nieto, Ja-  
vier Rivera, Carmen Redondo,  
Jesús Baños, Lola Palomares,  
Juan Nadal, Antonio Mata, etc.

**PRODUCCIÓN NACIONAL**

Dirección de A. G. CARRASCO

EXCLUSIVA DE

**SELECCIONES CAPITOLIO**

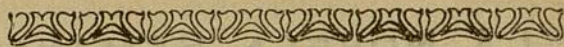
S. HUGUET                                            Provenza, 292

**BARCELONA**

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
NEST TORRENCE





# La Sirena del Cantábrico

## Argumento de la película

En la costa que baña el Mar Cantábrico, acariante a veces, fiero otras, donde se alzan tan bellas ciudades como la bella San Sebastián, la industrial y culta Bilbao, Santander la sencilla y la activa Gijón, hay también pueblecillos humildes y laboriosos donde la vida transcurre plácidamente.

Uno de estos pueblos, fragantes y típicos, era Miralmar, frecuentado en las temporadas veraniegas por el elemento forastero.

Ricardo Gumiel era un muchacho rico, huérfano, que cansado de una existencia de placer por las grandes capitales, llevaba algunos meses refugiado en los muros del tranquilo pueblecillo.

Julián, su fiel criado, no comprendía que su señor, tan dado a la vida de crápula, se encontrara a gusto en un pueblo, donde él se aburría como una ostra.

Pero un día, también Ricardo se sintió contagiado por el aburrimiento y le dijo a su criado:

—Esta tarde partimos. Prepara el equipaje...

Y dejando a Julián, loco de alegría, él fué a dar una última vuelta por la villa cantábrica.

Entre los hombres del pueblecillo era el más querido por todos, el más amable para todos, Ramón, uno de los mejores marineros de Miralmar.

Regresaba todos los días en su trainera, cantando

alegres y bravas canciones de la tierra, ásperas como los acantilados que batía el mar, con una belleza temblorosa como los amores de la inocencia.

Ramón no había permanecido indiferente al deseo de amar. Y estaba enamorado de Marichu, una muchacha morena en cuyos ojos había el reflejo de las noches estrelladas.

Esta muchacha era la más peligrosa del pueblo. Una extraña leyenda, la de que cuantos se enamoraron de ella, tuvieron la muerte violenta y misteriosa, había servido para que a Marichu se la conociera en Miralmar por la Sirena del Cantábrico.

Cada día bajaba Marichu al puerto en busca de la pesca que Ramón le traía, para después venderla...

Y esta relación cotidiana había hecho poner amores y cantares en los ojos de Ramón para la linda y graciosa muñequita.

Aquella mañana, el veraneante Ricardo paseaba por la playa, dispuesto a dar su último adiós a aquella tierra. Vió caras conocidas de hermosas mujeres de color de yodo, chiquillas forasteras que le saludaron con un mohín de ironía en los labios.

Saludó a un grupo de bellas criaturas que estaban tendidas sobre la arena escuchando la palabra de un joven.

Era éste Pepito Perencejo, veraneante retrasado en Miralmar, que era algo así como la Gaceta del pueblo; todo lo veía, todo lo sabía, todo lo oía... y lo que no... lo inventaba.

—Es Ricardo Gumiel, un *tío* riquísimo que se aburre *horrores* — explicó Pepito a su lindo auditorio.

Y con el propósito de trabar amistad con él, se despidió de las chicas y se dirigió a su encuentro.

—Me llamo Perencejo — le dijo—. Siento verle aburrido y estoy dispuesto a ilustrarle sobre los moradores, costumbres y lugares de Miralmar, si a usted no le incomoda...



—De ninguna manera, amigo... Vayamos a tomar algo en aquella taberna.

Y complacido de encontrar a un hombre que solazara sus últimas horas en el pueblo, Ricardo estuvo muy cordial con Perencejo.

A aquella misma hora, Marichu se dirigía hacia el muelle en busca de la pesca.

Los dos nuevos amigos la vieron de lejos, y Ricardo pareció enormemente interesado por aquella mujer que ya otras veces le había llamado la atención por su figura elegante y distinguida que ella parecía querer ocultar bajo las humildes ropas de pescadora.

Supuso que Pepito sabría algo de ella y le preguntó con gran interés.

—¡Ah! — respondió Pepito, riendo—. Qué, ¿le gusta esa muchacha? La llaman la Sirena y tiene una historia interesantísima.

—¿Es posible?

—Mientras tomamos un vermouth le contaré la vida de esa muchacha.

Se acomodaron en una mesa y Pepito Perencejo pudo dar rienda suelta a su imaginación, explicando la existencia complicada, difícil y misteriosa de la Sirena.

Entretanto, Marichu había ido a la escalera del muelle a recoger de manos de Ramón el cesto repleto de sardinas. Se lo colocó graciosamente sobre la cabeza y emprendió el regreso hacia su hogar mientras sonreía a las frases galanas que Ramón le había dicho al entregárselo.

Otra mujer, llamada Martina, desde su casa contempló con un gesto de pena las atenciones del pescador para Marichu. Para Martina, la enamorada de Ramón, la amistad de éste con la Sirena era poco agradable.

Marichu, sonriente bajo su peso, emprendió sola el camino hacia su hogar.

El padre de Sirena, llamado Pedro, un ex capitán de la marina mercante, vió de lejos a su hija y la estuvo contemplando suavemente pero con una expresión de preocupación en la mirada.

Ricardo y Pepito seguían hablando en la taberna.

—¿Dice usted que hombre al que esa mujer ama es muerto? La historia me interesa y es posible que vea si se cumple en mí la leyenda.

—¿Está usted dispuesto al sacrificio?

—Me atraen los peligros, amigo Perencejo.

—¡Cállese! — dijo Pepito de pronto—. La Sirena viene hacia nosotros y sentiría que se fijara en mí.

—Poco he de poder o descubriré el misterio que rodea a esa mujer...

Pasó ante ellos la Sirena, y Pepito Perencejo, horrorizado por el maleficio que creía llevaba la muchacha, se ocultó en el interior de la taberna, temeroso de que ella le mirase.

Ricardo, menos supersticioso, la contempló con admiración. ¡Qué bonita era y qué ojos los suyos llenos de un brillo suave!...

Un pañuelo cayó en aquellos instantes de la mano de Marichu, y Ricardo se levantó y se apresuró a recogerlo, entregándoselo con un fino cumplido.

Ella le miró con simpatía y murmuró un ¡gracias! tímido y adorable... Luego prosiguió su camino con el ritmo majestuoso de sus pasos.

El padre de Marichu había presenciado la escena y fruncía el entrecejo. ¡Aquellas amistades de la muchacha!

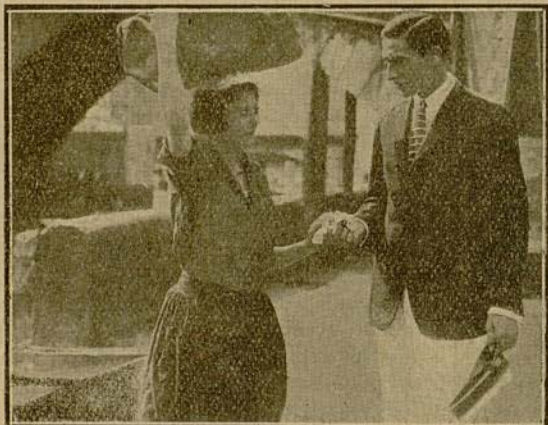
Cuando ella se hubo alejado, Ricardo volvió a la taberna y sólo entonces Pepito Perencejo se atrevió a mirar a la vía pública.

Vieron pasar a Pedro, el ex capitán, y Pepito se apresuró a informar:



—Ese es el padre de la Sirena y tiene malas pulgas... Nadie le gusta para su hija.

Una muchacha, Carmenchu, se había acercado a Pepito. Carmenchu, más conocida por "Pesca-enseco", era una prueba de que la Providencia no abandona a las gentes sencillas y buenas.



*Ella le miró con simpatía...*

Vivía en una modesta cabaña y no tenía otro amparo que lo poco que ganaba con su labor de pescadora.

Conocía a Pepito y gustaba de bromear y reír con él, haciéndose convidar por el veraneante.

Aquella mañana repitió Carmenchu sus juegos risueños y Pepito, que se sentía ya más aliviado al verse libre de la presencia de la Sirena, dijo a su amigo:

—Carmenchu y yo tenemos unas grandes pesquerías a medias... Ella pesca mariscos... y yo me los como.

Luego, cuando Carmenchu se alejó de ellos para proseguir su camino, Pepito dijo con cierta vanidad:

—La pobre chica está loca por mí, pero yo apenas si le hago caso...

—Todos estamos locos por alguna mujer, amigo —respondió Ricardo, pensando en la Sirena que le atraía por su belleza y porque estaba rodeada del encanto de la aventura.

Se despidió de Pepito y emprendió el regreso al hotel.

—Señor, el equipaje está listo para partir — le dijo su criado.

—Deshazlo — le ordenó Ricardo—. Nos quedamos aquí. Hay un asunto que me interesa.

Julián se alejó murmurando entre dientes:

—¡Está visto que no salimos de este pueblucho!

Marichu se había dirigido a su casa, después de haber vendido el pescado. Su padre, que había llegado poco antes, salió cariñosamente a su encuentro ante la puerta.

—¡Hija mía — le dijo abrazándola—, ya te he dicho que no quiero que trabajes! Mi fortuna sobra para los dos.

—Me aburre tanto no hacer nada, que no habiendo mal en ello no sé por qué no he de trabajar.

—Porque así puede cualquiera acercarse a ti, enamorarte y llevarte de mi lado... ¿y qué sería de mí sin tu cariño, hija mía?

—¿Llevarme de tu lado? ¡Qué locura, padre mío! ¿Quién se atreverá a enamorarse de la Sirena, y, aun enamorándose, quién me alejaría de ti? — respondió ella, abrazando a su padre.

Y sonriendo ante aquellos celos paternas tan hondos, la muchacha entró en el hogar.

Quedó el ex capitán fumando con melancolía su pipa y pensó en aquel joven forastero que se había



acercado a su hija. ¡Ay, cuántos deseaban para sí la belleza morena y suave de Marichu!

Ramón, muchacho feliz, con la tranquilidad de las almas buenas, paseaba por el pueblo y acertó a pasar ante la casa de Martina, la pescadora enamorada de él.



—...¿qué sería de mí sin tu cariño, hija mía?

Martina le recriminó con celoso mohín:

—¡Siempre pasas con prisa por mi puerta, Ramón!  
¡No pasarás así por la de la Sirena!

—Te aseguro que sólo amistad hay entre la Sirena y yo — respondió el pescador.

Y continuó indiferente su camino... pero pensando en la mujer que él adoraba a pesar de la leyenda, pero de la que, miedoso, quería a veces huir...

\*  
\*\*

Ricardo puso desde aquel día cerco a la Sirena.

Cierta tarde la espío por las afueras de Miralmar y la vió hablando con el pescador Ramón. Escuchó detrás de unos árboles lo que los dos jóvenes se decían.

Ramón aparecía disgustado. Había tenido una larga conferencia con su madre y de la entrevista había nacido un propósito fatal de rompimiento...

—Yo bien quisiera seguirte queriendo, pero la maldita leyenda y las prevenciones de mi madre...—dijo.

—¿Crees tú en la leyenda, Ramón? — respondió ella disgustada—. ¿No crees que esas muertes fueron casuales?

—No, Marichu... ¿a qué engañarte? — respondió él tristemente.

—Entonces vete... — respondió la joven con profundo desprecio—. Va a anochecer pronto y pudieras ser una nueva víctima de mi influjo fatal... Corre... huye de mí...

Ramón, anonadado, se alejó lentamente, con una lucha intensa en su espíritu, que por una parte le obligaba a alejarse de aquella mujer fatal que traía la muerte, mas por otra le empujaba hacia ella con la ceguera del amor.

Marichu continuó su camino, con una sonrisa de desencanto en los labios. ¡El infame, abandonarla de aquel modo!

Ricardo Gumiel, el rico forastero, avanzó hacia ella.

—Perdóneme — le dijo — si en espera de verla una vez más, he sorprendido su conversación con Ramón.

Ella recordó al elegante mozo, contemplándole con viva cordialidad.



—Nunca me imaginara— siguió diciendo él— que una leyenda estúpida hiciera alejarse a un hombre de una mujer tan linda como usted.

—¿No cree usted en ella, señor? — dijo, graciosa e insinuante.



—*Por lograr su amor, no una vida, diez que tuviera daría con gusto...*

—Y aunque creyera... Por lograr su amor, no una vida, diez que tuviera daría con gusto... pero hay un grave inconveniente...

—No comprendo...

—Pues sí, el inconveniente es que, según dicen, la leyenda sólo se cumple en los que usted ama... y yo...

Las palabras de aquel muchacho causaban en Marichu una indecible emoción, comparando mentalmente el valor y la significación arrogante de aquéllas con la timidez y la cobardía de Ramón.

Ramón, desde lejos, había visto hablar a los dos jóvenes, y su boca se contrajo en una risa de desdén. Luego prosiguió su marcha, preocupado...

Seguía Ricardo exponiendo sus amorosas palabras cuando Marichu le advirtió:

—Hemos hablado hoy por primer día y cualquier decisión ha de meditarase... Todas las mañanas bajo al puerto a la llegada de las barcas...

Y como él insistiese, Marichu agregó:

—¡Márchese! Mi padre viene y se disgusta si me vé acompañada, pues teme perderme... ¡Me ama tanto el pobre!

—Si es así no quiero entretenerla. Ya nos veremos mañana...

Y Ricardo se alejó mientras don Pedro, el padre de Marichu llegaba al encuentro de ella, preguntando quién era el forastero hablador.

—Es un veraneante que se extravió, y le indiqué el camino para volver al pueblo.

—Pues guárdate en lo sucesivo de servir de guía...

Y los dos regresaron a su casa.

El día siguiente era el del Santo Patrón de Miramar y ardía en fiestas el pueblo.

Una alegre música atravesó las vías del pueblo anunciando que era el día solemne. Hombres con boina y hermosas mujeres reían y demostraban su júbilo por la fiesta mayor.

La misa había estado concurridísima. Las devotas con sus trajes nuevos ponían en ella una nota de luz. Al salir a la plaza, los hombres las devoraban con sus miradas, comentando su belleza exquisita que aquel día les parecía tener un encanto nuevo.

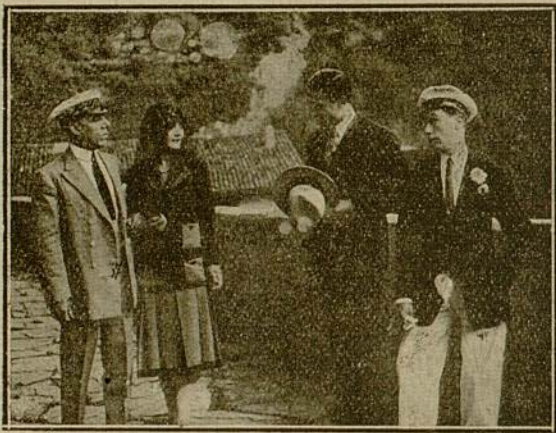
Ricardo Gumiel con su amigo Pepito Perencejo aguardaba también... Vió pasar a Marichu del brazo de su padre, y Ricardo saludó quitándose el sombrero, contestando ella con una graciosa sonrisa.

Ramón, desde un rincón de la plaza, miró a la



Sirena y lamentó haberla dejado. ¡Con lo preciosa que era! Cualquier señorito como aquel que la saludaba se la llevaría.

Don Pedro pareció contemplar con hostilidad a Ricardo, y Pepito, que tenía verdadero terror a que la sirena se enamorase de él, esquivó la mirada



*Vió pasar a Marichu del brazo de su padre...*

volviéndose de espaldas para que ella no pudiese verle.

Marichu y su padre continuaron andando, y el enamorado Ricardo les siguió desde lejos...

Carmenhu, la alegre y pobre pescadora, acercóse a Pepito y le dijo en la graciosa forma que el pueblo da al idioma en tierras de Cantabria:

—Si en cucaña te andas, cariño grande y más te tendré... Y un carramarro (cangrejo) hermoso te daré si es que premio te ganas...

—Mira que con el agua... no sé más que lavarme...

—Yo quiero premio ganes.

—Bueno, mujer... vaya por la cucaña...

Y se despidió de su amigo Ricardo para ir con Carmenchu hacia el muelle.

Terminada la misa, la gente acudía al puerto para ver los festejos. Consistían en juegos de cucaña y regatas de traineras. El mar, que daba a todas aquellas gentes el pan para vivir, les proporcionaba también el manjar de la diversión.

Todo el pueblo se agolpaba en el muelle, ávido de presenciar los graciosos e ingenuos festejos populares. Pedro y Marichu formaban en primera fila entre la multitud...

Comenzó la fiesta de la cucaña... Pusieron un mástil colocado horizontalmente sobre una barca y untado de sebo, en cuya punta había un objeto que se apropiaría el que lograra trepar hasta él.

Probaron de efectuarlo varios pescadores que resbalaron al agua. Pepito Perencejo, cumpliendo la palabra que había dado a Carmenhu, se dispuso a trepar por él, entre las grandes risas de los espectadores que veían a aquel elegante señorito en juegos difíciles y peligrosos.

Mas Pepito quiso llegar inútilmente a la punta del palo, que sobresalía ya sobre el agua. Resbaló varias veces y temiendo que acabase el ejercicio con un baño, optó por renunciar a su intento.

Nuevas burlas y risas corearon su determinación, y cuando regresó a tierra, Carmenhu, le dijo burlesca:

—¿Y eras tú el que te ibas a ganar? ¡Valiente miedoso!

—Claro. Como que yo iba a amarar ahí para divertiros — contestó Pepito.

—El cara se me caería a mí de vergüenza del ridículo que te has hecho.



—Mejor es que se me caiga el cara, como tú dices, que caerme yo al agua y mojarme el cara... y el cruz.

Y se alejó de las donosas burlas de la pescadora...

Un muchacho ganó finalmente la cucaña, y ahora todo el pueblo se agolpó en los puntos estratégicos para ver las regatas de dos traineras, número principal de la fiesta.

Una de las traineras tenía que patronearla Ramón... Ricardo se enteró de ello y un pensamiento audaz le vino a las mientes. ¿Por qué no luchar contra aquel que había dejado a Marichu? Su victoria tendría entonces a los ojos de la Sirena un valor incalculable.

Dirigióse a casa del pescador que debía desafiarse con Ramón en otra trainera y le dijo:

—Cien pesetas te doy, si me dejar patronear tu lancha.

El pescador se negó al principio, pero convencido por el billete de Banco, acabó por ceder.

—Adiós, y mucha suerte, señorito Ricardo — le dijo.

Ricardo escribió unas líneas en un papel y se las entregó a su criado Julián, dándole instrucciones para que las hiciera llegar a la Sirena. Y se dirigió al muelle contento de poder patronear la trainera enemiga de Ramón.

Iban a dar comienzo las regatas. Marichu y su padre habían tomado un buen sitio. Todo el pueblo se aglomeraba en espera de la carrera que proclamaría la superioridad de alguno de los marineros.

Pepito Perencejo se encontraba presenciando la prueba y hablando con varias muchachas.

Julián al verle pensó transmitirle el recado de su amo y le entregó la carta.

—¿Qué le dé yo esta carta a la Sirena? — dijo Pepito, sorprendido—. ¡Ricardo sueña!

Pero ya el criado había logrado escapar, dejando a Pepito con el mensaje en la mano.

¡Qué compromiso! Mas él no se acercaba por nada del mundo a aquella mujer misteriosa.

Vió a Carmenchu y, a pesar del ridículo en que él estaba, la llamó:

—Dale esta carta a Marichu — le dijo.

La pescadora, celosa, no quiso aceptarla.

—Pero si no es mía, so tonta... si es de Ricardo.

Sólo entonces la pescadora accedió a quedársela, y acercándose a Marichu la puso en sus manos sin que el padre de ella observara la maniobra.

Marichu tembló, impresionada, y la leyó a escondidas, mientras su padre tenía la atención fija en los preparativos de la carrera. El escrito decía:

*Si gano la regata, esta noche espéreme donde nos vimos ayer.*

*Suyo, Ricardo*

Una emoción indecible se apoderó de la Sirena al saber que Ricardo guiaría una de las lanchas. La otra trainera la gobernaba Ramón y en este lance adivinaba Marichu que dos hombres rivalizaban por ella.

Comenzó la carrera. Una trainera, llena de marineros con boina, traje negro y alpargatas, con largos remos, era patroneada por Ramón y salió veloz para alcanzar el primer puesto. Pero la otra, tripulada por otros bravos marineros y mandada por Ricardo, no fué remisa en avanzar... Corrían las dos, ávidas de superarse sobre las olas.

Ambas luchaban por el primer puesto con denodado empeño. Ricardo, recordando sus tiempos de estudiante en Cambridge, donde era un notable patrón, ponía a contribución toda su experiencia.

Duró largo rato la lucha. Y de pronto, al ver, enormemente sorprendido, quién era el que patroneaba la



lancha enemiga, Ramón redobló sus esfuerzos para lograr el triunfo...

Marichu seguía con los ojos el avance de las traineras. Pero su alma, su corazón, estaban del lado del señorito.

La victoria se inclinó por la lancha tripulada por Ricardo Gumiel. Sonaron aplausos al enterarse de que él era el triunfador. Pero, indiscutiblemente, la ovación hubiera sido mayor, si el triunfo hubiese correspondido a Ramón, el favorito de todos y que ahora regresaba cabizbajo y meditabundo.

Pepito al enterarse de que era su amigo Ricardo el que había capitaneado la trainera, acudió a felicitarle.

Marichu quiso aplaudir, pero su padre, rabioso, la obligó a enmudecer.

—¿Estás loca? ¿Aplaudir a uno de fuera? ¡Me parece que andas por mal camino!

Ella, bajó los ojos, melancólica. Pero pensaba en la carta de él.

Martina, la silenciosa enamorada de Ramón se apesadumbró por la derrota. ¡Con lo que ella quería al pescador! Y le vió pasar, melancólico, con el gesto del hombre derrotado en su oficio y en su amor.

Terminadas las regatas, la alegría popular se desbordó en fiestas aquella tarde.

Fiesta ingenua, de gentes sencillas, tenía en el tradicional "aurreku" su más alta representación... Y en la plaza mayor se bailó con tesón y maravilloso contento la bella danza de Vizcaya.

Mientras tanto, Marichu estaba en casa, castigada por su padre que la obligaba a permanecer allí temiendo que se viese con Ricardo Gumiel... Sentía miedo de que le robasen a su hija...

Y mientras ella estaba abajo, el padre buscó en el cuarto de Marichu algo con que fundamentar sus

naturales temores. Registró en un momento la habitación y bajo la estatua de un Critso encontró la carta que Ricardo había mandado a Marichu.

Una sospecha se clavó, aguda, en el corazón de Pedro. ¡Ah, lo que él sospechaba! ¡Y aquel miserable tal vez robaría el amor y las ilusiones juveniles de Marichu!

Nada dijo a su hija de aquel descubrimiento, mas al cerrar la noche, como viese que Marichu se dirigía cautelosamente hacia la puerta, le impidió salir.

—¿Qué hacías? — le dijo severamente.

Ella turbada, respondió: :

—Oí sonar la puerta y creyéndola abierta, vine a cerrarla.

—Pues vete a tu cuarto que ya vigilaré yo...

Y la miró de modo duro, implacable... Ella obedeció, sufriendo interiormente el martirio de saber que Ricardo, el elegante joven por quien ella se sentía cautivada, esperaría en vano.

Así era. Ricardo por la tarde había buscado inútilmente a Marichu durante la fiesta, pero consolóse pensando verla por la noche.

Allá estuvo, en las afueras del pueblo. Paseó nervioso más de una hora y la esperó inútilmente... Pero no estaba solo en su intranquilo aguardar. Un hombre, Ramón, le vigilaba. Había sospechado el pescador que Ricardo se encontraría aquella noche con Marichu en el mismo sitio que el día anterior y quiso comprobarlo...

¡Ah, a pesar de haber él provocado la ruptura, se arrepentía de su impensada determinación! ¡Amaba a Marichu! Y este amor aumentaba al verlo en peligro de que otro hombre, un forastero, se lo quitase...

La presencia de Ricardo le dijo que no andaba



equivocado en sus sospechas. Mas, ¿por qué ella no estaba allí?

Y cuando mucho más tarde, Ricardo, cansado de su inútil espera, se alejó, Ramón marchó también, pero dispuesto a impedir, costara lo que costara, aquel amor.

\*  
\*\*

Al día siguiente, Carmenchu fué a casa de la Sirena y ésta le dió un papel.

—Llévale esto al señorito Ricardo, en seguida..

—Corriendo voy — dijo la rapaza.

Y partió como una exhalación. El padre de Marichu la vió salir de su casa.

La muchacha iba muy aprisa y en su rapidez dejó caer el papel que le habían dado.

El ex capitán, sospechando siempre, recogió el escrito y leyó:

*Ayer me fué imposible salir; espéreme esta noche junto a la casa del Diablo.*

*Marichu*

Una arruga de preocupación se marcó en su frente. ¡Su hija se había enamorado de veras de aquel sujeto...!

La idea de que Marichu pudiera casarse, le estremeció. Pero no quiso impedir que la carta llegara a su destinatario y llamando a Carmenchu se la devolvió.

La chiquilla, aturdida, voló hacia el hotel de Ricardo.

Ricardo se hallaba en la terraza con su criado Julián que se quejaba de aquella larga e inútil permanencia en Miralmar.

Carmenchu llegó hasta él y le entregó el papel, que Ricardo leyó con emoción. Una sonrisa de júbilo iluminó sus ojos. ¡Magnífico! ¡A él le atraía la aventura, el encanto malsano que decían tenía aquella mujer, y quería probarlo!

Fué a entregar una moneda a Carmenchu, quien la rechazó y dijo:

—Ya que te quieres pagar servicios, ¿sabes si me quiere tu amigo Pepito?

—¡Sí, muchísimo! — respondió él, riendo.

—¡Carmenchu te es feliz! ¡Carmenchu te está loca de alegría! — dijo la muchacha.

Y partió dichosa, saltando como un pajarillo...

Cerró la noche. El padre de Marichu marchó de su casa después de contemplar severamente a su hija y decirle que iba con unos amigos hacia la taberna.

Marichu, al verse sola, lanzó un suspiro de felicidad. Arreglóse en un santiamén y se dirigió al lugar de la cita.

Ya la esperaba Ricardo Gumiel. Se hallaban en un monte, junto a una casa, cercana al mar.

Ricardo, que ansiaba destruir la leyenda de la Sirena, le dijo con voz tranquila:

—Ya vería usted ayer que no he de parar hasta que consiga su amor y deshaga la leyenda que la rodea.

Marichu meditó unos momentos y respondió tristemente:

—Bien desearía yo que no existiera, pero hombre al que he querido ha muerto misteriosamente; por eso me da miedo el amor.

—¿Qué más puede desear el hombre enamorado que morir por el amor de la mujer que ama?

Ella suspiró...

—Marichu, si mi asiduidad la molesta — dijo él—, la libraré de mi presencia, pero si es el temor de la



leyenda lo que la hace alejarse de mí, no lo haré, pues nunca he creído en los fantasmas.

En aquel instante sonó una detonación, un estampido en la noche... Una bala había atravesado la gorra de Ricardo.

Ella hizo un movimiento de terror, pero el muchacho, descubriéndose, dijo con tranquilidad, después de contemplar el horizonte dormido:

—No es nada. Tal vez un aviso para que me aleje de su lado, pero ha de tener mejor puntería quien lo quiera impedir.

Buscaron en la oscuridad de la noche, rasgada sólo por las estrellas, pero nada vieron.

Marichu se despidió de él con hondo temor. ¡Siempre la muerte persiguiendo a los que querían amar a la Sirena! ¿Qué misterio se encerraba en aquella tragedia misteriosa?

Ricardo estaba ya dispuesto a todo. Nada le haría retroceder. Quería arrancar el secreto que envolvía la vida de la Sirena.

A la mañana siguiente, Ricardo en la playa comunicaba a Pepito y a varios amigos lo ocurrido.

—¿Saben ustedes que eso de la leyenda parece ser cierto? Ayer intentaron matarme.

—Te prometo una corona, de siemprevivas de este tamaño — respondió Pepito con expresión cómica.

Poco después la noticia se esparció por el pueblo. Y unas pescadoras, comentaron.

—Dicen que al señorito que anda con la Sirena, por poco le matan ayer.

—Pues como no se aleje de ella, morirá como los otros.

Julián, el criado de Ricardo, que rondaba por la playa, oyó aquellas palabras y volvióse pálido como la cera.

—¡Sólo esto me faltaba para simpatizar con este pueblecito! — dijo.

Poco después, todo el mundo estaba enterado de la agresión contra Ricardo, el muchacho que había mandado la trainera y al que señalaban como enamorado de Marichu.

Martina encontró a Ramón, que manteníase huraño, y le dijo:

—Ya sabrás la noticia. Al señorito Ricardo le han querido matar ayer.

Ramón frunció el seño y nada respondió.

—¿Lo ves Ramón, como no es a la Sirena a quien debes querer? — continuó diciendo.

—No me hables de ella, Martina — repuso el joven, entristecido y pálido.

—Vamos, Ramón, si volvieras la vista a tu alrededor, no sería difícil que hallaras a quien te quisiera más.

Pero el pescador no la oyó y siguió su camino, atormentado por dolorosos pensamientos.

El padre de Marichu encontró en la calle a Carmenchu y le dijo, en forma muy agresiva:

—¡Hola, buena pieza! El día que te vea por mi casa, ya te daré yo un recadito.

La chiquilla huyó precipitadamente, temerosa de que la reprimenda no acabara en palo.

Al día siguiente, Ricardo, sin hacer caso del atentado, paseó de nuevo con Marichu por las afueras de Miralmar.

Ramón les espiaba muerto de celos, deseando batiarse con el rival triunfador.

Una tarde, junto a la playa, Pepito Perencejo comenzó a piropear a una pescadora, a requebrarla de modo constante y audaz. Pero la pescadora tenía su pescador, un novio fornido y celoso, que al ver a Pepito pretendiendo abrazar a la muchacha, se dirigió contra él, enfurecido y con los puños en alto.

El pescador le amenazaba enérgicamente y Pepito,



para librarse de su furia, encontró estupendo hasta el mar. Y se lanzó de cabeza al Cantábrico, deseando alejarse de aquel Otelo marinero...

El novio ofendido se retiró, convencido de que después del susto, Pepito no volvía a mirar en su vida a aquella mujer...

Mas para Pepito vinieron entonces instantes solemnes. Una ola se lo llevó hacia adentro, y como no sabía nadar, pronto perdió pie y comprendió que iba a ahogarse. Lanzó un grito de terror, una demanda de auxilio angustiosa y se agitó un momento entre el oleaje.

Ricardo, que iba del brazo de Marichu y paseaba por el monte junto al mar, vió al náufrago, y reconociendo a su amigo Pepito, no tuvo ya más idea que la de salvarle. Y valientemente, se lanzó al mar, yendo en su socorro.

Pero el Cantábrico se hallaba encrespado, las olas batían contra el acantilado, y Marichu, desde las rocas, presenció angustiada la lucha de aquellos dos hombres contra la muerte. Ricardo había logrado coger a Pepito, pero las olas, envolviéndoles, parecían ir a hundirles a los dos en su fondo tenebroso.

Marichu rezaba angustiada. ¡Dios mío, Dios mío! ¡No permitáis que mueran!

Una voz se escuchó detrás de ella. Era Ramón que contemplaba fríamente a la Sirena.

—La leyenda se sigue cumpliendo — dijo—. ¡Tu amor, mata, Marichu!

Y le señaló al hombre que en vano quería acercarse a la orilla.

—¡No, Ramón, no! — gimió ella, desolada—, la leyenda no se cumplirá. ¡Los hombres de mar no son asesinos, ni dejan al mar sus venganzas! ¡Sálvale!

Y había en aquella invocación al deber tanta emoción, tantas lágrimas, que Ramón se sintió conmovi-

do, y olvidando en un instante sus celos, tiróse también al agua.

Nadaba bien, desafiaba aquellas olas bravías que él domeñaba desde muchos años antes. Y pronto logró coger a Ricardo y a Pepito y arrastrando uno en cada brazo, los llevó a la orilla.

Marichu acudió presurosa a auxiliarles.

Ricardo y Pepito, medio desvanecidos, fueron trasladados por otros pescadores al hotel... Y Marichu marchó a su casa después de despedirse de Ramón con palabras de gratitud que a él le sonaron a gloria...

Al día siguiente, Ricardo, una vez repuesto, acudió a casa de Ramón, su salvador.

—Sé que le debo la vida, Ramón, y soy agradecido; usted dirá cómo puedo pagarle lo que hizo por mí.

Y le entregó unos billetes que el pescador se apresuró a rechazar.

—Las gentes de mar, cuando salvan a un hombre de la muerte, están pagadas con salvarle — le respondió el pescador con enérgica entonación.

—Aunque veo su desinterés, quisiera regalarle una embarcación nueva.

—Mi "Ligera" es la mejor lancha de Miralmar y lo seguirá siendo mucho tiempo.

Ricardo, lamentando la hostilidad con que le recibía aquel hombre, se dispuso a marcharse. Al ver un retrato de Marichu que Ramón tenía en el cuarto, dijo con tristeza: :

—Ama a la Sirena, ¿verdad?

—El original puede usted quitármelo — respondió con rabia el pescador—, pero este retrato no, porque es mío.

Ricardo le miró sin rencor y bajó la cabeza. Luego le dijo:



—Te debo la vida, Ramón, y es grande la deuda. Ya te la pagaré...

Marchó de allí como si adoptara una resolución suprema, dispuesto a sacrificarse por aquel muchacho noble.

Aquella tarde, Ricardo con Pepito, restablecido igualmente, y poco dispuesto a tal labor, fué a investigar el lugar de su agresión.

Perencejo temblaba como la hoja en el árbol, temiendo disparasen contra ellos. Buscando, encontró una cápsula vacía que Ricardo examinó sonriente.

—¡Ah, ah... eso no es cosa de fantasmas! — dijo Ricardo—. Las brujas no usan pistolas Browning... Ahora más que nunca quiero averiguar la verdad...

Pepito no las tenía todas consigo, y respondió:

—Bueno, tú harás lo que quieras, pero yo me largo...

Y se alejó.

Un hombre llegó ante Ricardo. Era Ramón, el pescador. Al verle, el primero le dijo brindándole afectuosamente la mano:

—Qué ¿vienes a decirme que aceptas mi oferta de una lancha nueva?

Ramón le respondió de modo provocativo:

—Estamos solos... ¡Me has robado el cariño de la mujer que amabas... y te odio!

—Vamos, Ramón — respondió Ricardo, conciliador—. Te debo la vida y no he de defenderme. Si tanto me aborreces dispara contra mí...

—¡Yo no necesito armas para luchar con los hombres! — rugió el marino.

—Entonces ¿quién disparó esta bala contra mí? — dijo Ricardo enseñándole la cápsula vacía y sospechando que fuera él, el agresor.

Ramón se encogió de hombros, con indiferencia. ¡El no usaba procedimientos de traidor!

—Mi vida es tuya, Ramón — siguió diciendo Ricardo—, pero antes quisiera averiguar quién disparó sobre mí cuando hablaba con Marichu en este sitio. ¿Me concedes un plazo?

—A condición de que cuando luchemos te defiendas, concedido... — respondió el pescador.



*...en el corazón de Marichu había entablado una ruda lucha...*

—Mañana, al anochecer, estaré aquí a tu disposición...

Ramón se despidió de su rival. La lucha quedaba únicamente aplazada. Era el eterno combate a muerte entre dos hombres enamorados de la misma mujer.

Carmenhu, que rondaba por allí, había sorprendido la entrevista, y le faltó tiempo para comunicársela a Pepito Perencejo, que regresaba al pueblo.



Y entretanto, en el corazón de Marichu había entablada una ruda lucha entre dos amores... ¿Quién era el preferido? ¿Aquel señorito aristócrata, o aquel pescador que dominando su odio había salvado a su rival?

Poco tiempo después, Pepito y Pesca-en-seco, en funciones de "Gaceta", no dejaron habitante en Miralmar a quien no contarán la riña de Ricardo y Ramón.

Martina supo la noticia por boca de ella y cuando encontró a Marichu, que ignoraba lo ocurrido, la dijo, rabiosa:

—¡Ya estarás satisfecha! ¡Ricardo y Ramón van a luchar por ti mañana!

—No sé nada de eso — dijo asustada y temblorosa, Marichu —, pero lo siento con toda mi alma. Preocupadísima por lo que pudiera suceder siguió su camino, dirigiéndose a uno de los lavaderos a limpiar ropa.

Carmenhu y Pepito, después de propalar la noticia por todo el pueblo, fueron a decírsela a Marichu. Pero dudaban; hablaron con ella de cosas indiferentes, sin atreverse a confesar la verdad. Ella preguntó con temor a Carmenhu:

—¿Qué sabes tú de lo de Ricardo y Ramón?

—Los vi juntos en la casa del Diablo y ambos regañaban.

Y le explicó las palabras que escuchara, y Marichu ya no dudó que aquellos hombres iban a morir por ella...

Quedó en el lavadero, con lágrimas en los ojos.

Carmenhu y Pepito marcharon a satisfacer la curiosidad de otras gentes.

Aquella noche, en la barca, Ramón estaba preocupadísimo. Uno de los pescadores le dijo:

—Vamos, Ramón; no te pongas así. Más mujeres que esa hay en el mundo y tú eres un hombre.

—¡Esa no puedo olvidarla... la tengo ahí... muy adentro!...

Marichu pasó dando vueltas en su cama las horas de aquella interminable noche, creyendo escuchar cien veces el grito de agonía de los que por su amor murieron.

Y a la siguiente mañana, al levantarse, había tomado una resolución: era preciso impedir la lucha de aquellos dos hombres.

Fué a salir y su padre, viéndola, la dijo:

—¿Dónde vas? ¡Te he dicho que no quiero que salgas!

Casi la amenazó, pero ella le contempló dulcemente, como una mártir. Pedro pareció arrepentirse de su gesto.

—¡Perdóname, hija mía — dijo con voz suave—; no me dí cuenta de lo que hacía! Ve a donde quieras.

Y ella, con la obligación del deber, marchó de su casa, mientras su padre se dejaba caer, anodadado, ante su mesa escritorio...

\*  
\*\*

Ramón paseaba nerviosamente por su casa.

—¡Qué largas se me hacen las horas que faltan para vengarme de ese señorito! — se decía.

De pronto, una mujer entró en su hogar. Era Marichu.

—¿A qué vienes, Marichu? — dijo él, furioso—. ¿Te parece poco el daño que me has hecho, y quieres aumentar mi dolor?

—Sé que habéis tenido unas palabras Ricardo y tú — respondió ella.

—Y vienes para que no le mate, porque le amas... ¿no es eso?

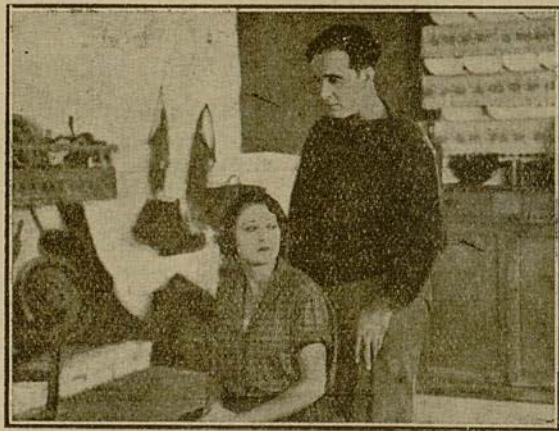
—No, Ramonchu — respondió ella—. Yo no debería contarte nada. Tú quisiste que yo fuera libre... te daba miedo la leyenda, ¿verdad? ¡No tie-



nes ya derecho sobre mí!... Pero ahora vengo a decirte que mi amor es imposible para los dos... Son ya demasiadas víctimas para aumentarlas...

Y sus palabras iban acompañadas del llanto...

—Fuí un loco al querer marcharme de tu lado — gimió el pescador—. Comprendo que te amo, Marichu; te amo con todo mi corazón y ni la leyenda



—Fuí un loco al querer marcharme de tu lado...

ni el crimen, si fuera preciso, me detendrían ahora para lograr tu amor.

—Escúchame, Ramón — respondió Marichu, decidida—. Hubo un momento en que la gallardía del señorito Ricardo me sugestionó, pero analizándolo bien, en el fondo de mi corazón, sólo estás tú...

—¡Marichu!... ¡Marichu! — dijo él, queriendo abrazarla.

—Pero déjame, Ramón... No se hizo para nosotros la felicidad. Es imposible...

Y marchó de la casa mientras él quedaba anonadado y dispuesto a luchar más que nunca por su amor.

Ricardo Gumiel salió al encuentro de Marichu.

—La vi salir de casa de Ramón y la he esperado para despedirme de usted — dijo con gesto triste y resignado—. Sé que le ama y no he de ser yo quien ponga obstáculos a su felicidad.

Una luz de inquietud pasó por los ojos de ella. ¿Era verdad aquella determinación de Ricardo? ¡Ah, Marichu comprendía que su verdadero amor era Ramón, no el señorito que sólo por curiosidad le había interesado!

—Mi vida no tiene objeto, Marichu, y lo único que lamento es no poder desentrañar el misterio que rodea a usted.

Ella habló de pronto, febril, atormentada:

—¿Y si yo le pidiese que no fuese a la cita de esta noche con Ramón?

El vaciló. Marichu le volvía a suplicar que no se batiera.

—Venga usted a verme a la hora de la cita — le dijo—, para que yo tenga la seguridad de que no se desafiará usted con él. ¡Me daría tanto terror que hubiese nuevas víctimas por mí!

Ricardo respondió:

—He de pensarlo aún, Marichu. Pero pasaré a verla antes de ir, en todo caso, a batirme con Ramón. Sabrá usted mi determinación.

Se despidieron. Y Marichu regresó a su hogar, dispuesta a impedir de todos modos aquel lance.

Y aquel anochecer, al acercarse la hora en que los dos rivales debían encontrarse, ella, dispuesta a confesar toda la verdad, explicó a su padre:

—Padre mío, dos hombres solicitan mi amor; uno es Ricardo, el otro es Ramón.

Su padre la miró severamente:



—¿Te aman y te lo tenías tan callado? ¡Y yo sin saber nada!

—No se trata de eso, padre, sino de que estos hombres probablemente se verán a las ocho en la casa del Diablo y uno de ellos no volverá más...

—¡Que se maten!...

—¡Oh, no, padre! Yo no quiero que la leyenda siga nutriéndose con nuevas víctimas. Es preciso impedirlo, padre mío.

El padre de Marichu parecía aplastado, anonadado. ¡Cuánto horror!

—Tienes razón, Marichu — dijo al cabo de unos instantes —, yo iré a la cita y evitaré el encuentro.

Y cogiendo un revólver marchó hacia la casa del Diablo.

Poco después llegaba a casa de Marichu, Ricardo Gumiel, que iba a despedirse de ella antes del desafío.

El muchacho venía dispuesto a que no se realizase la lucha.

—No me bato, Marichu. Esté usted tranquila. Y he venido a decirle que amo a Ramón, puesto que yo, lealmente, nunca estuve bien enamorado de usted...

—¿Es verdad... esto?

Y sus ojos resplandecieron de alegría...

—Cuando se está como ahora cerca de la muerte, no se miente, no se miente. Si me acerqué a usted no fué por amor, sino por descifrar el misterio que rodeaba su vida — le dijo.

Hablaron. El le mostró la cápsula vacía que había encontrado en el lugar de la agresión y entonces Marichu pensó que su padre tenía un revólver y unas cápsulas parecidas. Pero fué a buscarlo al cajón donde las guardaban, y nada vió... ¡Se lo había llevado todo su padre consigo!

Explicó a Ricardo que había visto cápsulas igua-

les en su casa. El muchacho dijo, sorprendido, adivinando confusamente la verdad:

—Corramos, Marichu, no sé por qué me parece que en la casa del Diablo está la clave del misterio.

Y los dos emprendieron rápido camino hacia la montaña.

En ella, cerca de la casa del Diablo, edificada a muchos metros sobre el mar, esperaba Ramón, enfurecido, la llegada de su rival.

De pronto vió venir a Pedro, el padre de Marichu, en actitud casi feroz. ¿Qué quería? ¿Es que había descubierto el lance?

—Sé porqué estás aquí — le dijo fríamente—. Y voy a contarte una historia vieja, pero interesante.

Su gesto era amenazador. ¿Qué le ocurría a aquel hombre? Pedro comenzó a hablar, nervioso, con palabra cortante:

—Un día, hace veinte años, encontrándome en este mismo lugar, vi flotar sobre las olas una cajita, la recogí y dentro iba una hermosa niña de pocos meses. La niña aquella que recogí en el mar es Marichu.

Ramón le escuchaba con asombro.

—Marichu — prosiguió Pedro, con visible exaltación —, creció a mi lado, y cuando fué mujer yo me enamoré de ella como un loco. Mía no puede ser, porque me cree su padre; pero de otro tampoco, porque lo impido yo...

—¿Usted?

Y la más atroz sorpresa se pintaba en los ojos de Ramón.

—Sí, yo, que no he tolerado que nadie la cortajara. Yo... que he dado muerte a los anteriores enamorados de Marichu, que disparé contra Ricardo y le daré muerte también, como te la daré a tí, Ramón, para que nunca puedas contar a nadie esta historia.



Y loco de furor, exacerbado por la mala y venenosa pasión, se lanzó sobre él y los dos hombres rodaron por tierra, abrazados en un odio feroz.

Luchaban al borde del abismo, y Ramón estaba a punto de perecer bajo el odio persistente del ex capitán, cuando llegaron Ricardo y Marichu.

Ricardo, revólver en mano, acudió a separar a los que reñían, y Pedro, al ver allí cerca a Marichu, hizo un ademán de horror y suplicó, en voz baja, con acento tembloroso a Ramón.

—¡No, ella, no..., que no lo sepa nunca!

Y antes de que pudiera contestarle, lanzóse al abismo, sobre el mar, estrellándose su cabeza contra unas rocas.

Marichu miró el fondo del precipicio y rompió a llorar por la muerte del que creía su padre.

Ramón dijo aparte a Ricardo, mirándole sin rencor.

—Con él la leyenda ha muerto. Era él el asesino, el agresor de todos los enamorados de Marichu.

Todo lo comprendió Ricardo, y en arranque generoso, respondió:

—Ramón, óyeme. Marichu te pertenece, porque te ama, y vengo a pagarte la deuda que tengo contigo. Yo no quiero ser un obstáculo, ahora que podrás gozar de la felicidad. Te dejo el campo libre, ámala.

Y se alejó unos pasos mientras Ramón, emocionado iba a consolar a Marichu y a decirle que ya no vería nunca más turbado su amor..., que la leyenda estaba bien muerta...

Le contaría toda la verdad, pero dándole el supremo consuelo de que Pedro no era su padre.

Y la Sirena del Cantábrico, en lo sucesivo, sería la mujer santa y honrada de un humilde pescador como él...